

VULNERABILIDAD HUMANA, SUFRIMIENTO SUBJETIVO Y DOLOR ANÍMICO.

Comprensión de la vulnerabilidad desde el psicoanálisis

Julián Aguilar¹

Advertencia a los lectores

En las páginas que siguen voy a intentar describir lo que, en nuestro psiquismo, nos hace vulnerables. Usaré como referencia teórica el psicoanálisis, para proponerles una reflexión personal, falible y discutible. Deseo hallar palabras adecuadas para este artículo. De muchas maneras, observamos lo frágil del mundo que nos rodea, la cultura y la organización social. ¡Nuestro psiquismo lo es también, qué duda cabe! Cada uno de nosotros encuentra o no la manera de asumir las limitaciones para vivir. La vulnerabilidad no es absoluta. Si lo fuese así, la especie humana estaría extinguida. Pese a las dificultades, tenemos recursos que podemos utilizar sin hacer daño. Que cada lector haga una valoración de lo dicho.

Somos hijos de la tierra y a ella retornaremos. Vemos múltiples formas de vida, pasadas y presentes, que comparten una molécula, el ADN. Sabemos algo de su evolución en la historia del planeta, desde las algas verde azules de los tempranos océanos hasta la multiplicidad actual que ningún ojo abarca. La relación tierra, evolución y ADN es muy reciente en el pensamiento científico de occidente; 1859 y 1953 para condensarla. Empero, la lista de los científicos que han investigado estos problemas es muy extensa.

1 Sociólogo de UNAULA, Medellín. Profesor Titular vinculado a la UdeA desde 1975. Uno de los fundadores del programa de Psicología, UdeA, en 1975. He sido Jefe del Departamento en 4 períodos. Psicoanalista practicante en consulta particular desde 1985. Correo electrónico juagisier_50@hotmail.com.

Si aceptamos la relación evolución y ADN podemos verificar que los resultados, múltiples formas de vida, se alejan del ideal de perfección. Su variedad abarca desde formas frustradas hasta formas exitosas que han podido permanecer en la tierra millones de años. Nada garantiza que pervivan a una nueva extinción masiva, bien endógena, bien exógena. La tierra no es un planeta inerte y su existencia en este sistema solar no está garantizada. Por eso, todas las formas de vida son vulnerables. ¿Qué le pasará a la variedad de la vida cuando el sol, por fusión nuclear, consuma todo su hidrógeno? La respuesta es muy sencilla: no habrá más vida en la Tierra. Además, muchos cosmólogos conjeturan que el universo también puede desaparecer, lo cual muestra otro matiz que hay que tener en cuenta. No estaremos vivos para comprobarlo.

Los humanos, hombres y mujeres, vulnerables, frágiles, somos efímeros y bien lo sabemos. Un terremoto, un huracán, la erupción de un volcán son ejemplos elocuentes. La investigación científica y la tecnología, tan importantes, no cambian nuestra condición de seres para la muerte. Tampoco, alcanzan la predicción cierta que nos libre de la desgracia. A manera de consuelo que atempera el sufrimiento de cada uno, afirmamos que no hay dolo en la naturaleza, que son procesos muy complejos de los que algo sabemos, que no tienen intención en contra nuestra. Un volcán que explota no es un sujeto que calcula y conforme a un designio actúa, no tiene responsabilidad penal, civil, moral; es un proceso natural sin sujeto ni fin. La erupción por el cráter Arenas en 1985 es un ejemplo que los colombianos no debemos olvidar.

Hombres y mujeres, seres vivos, compartimos el ADN y lo propagamos. Por ello, como especie permanecemos y, a nivel individual, somos mortales, consecuencia de la reproducción sexual. Si un ser vivo se reproduce asexualmente, por simple división celular, es difícil en ese nivel de la vida afirmar que hay la muerte individual. Creamos la ficción de una célula inmortal. En cambio, los humanos al transmitir ADN a una nueva generación que surge por reproducción sexual, estamos condenados a la muerte individual. ADN, reproducción sexual que lo recombina, muerte individual y conservación de la especie. Cada uno de nosotros advierte el nudo vida-muerte y la vulnerabilidad humana; el sufrimiento subjetivo y el dolor anímico tienen ese fundamento real. Humanos, hombres y mujeres vivos, sexuados y mortales.

Hombres y mujeres también somos seres sociales y desde la prehistoria nos asociamos en grupos para poder sobrevivir. Una vida aislada de los otros con mucha dificultad se mantiene, y es más fácil que pronto se marchite y fallezca. Quien, por la razón que sea, es excluido y no reconocido por los demás, pronto pasa de la muerte simbólica a la muerte real. Sobrevivir en paz con otros, colaborando y en un territorio, sigue siendo un ideal por alcanzar. Ni las costumbres, ni las normas jurídicas, indispensables, son suficientes. Necesitamos los otros y la convivencia pacífica no existe. Más fácil aceptamos una tragedia producida por una avalancha que el horror y el terror de una masacre, de una desaparición forzada, de un secuestro. Los colombianos lo sabemos de manera muy amarga y angustiante.

Algo, que no entendemos ni aceptamos, hay en la condición humana, que una y otra vez destruye la convivencia. Hay conflictos múltiples, en las relaciones sociales y en las relaciones entre personas, que no cesan. El marinero, que en la ficción literaria es Robinson Crusoe, náufrago, por insoportable y en castigo, es abandonado a su suerte en una isla. Y este aislado desea que un velero lo recoja y lo lleve de vuelta a la civilización. En medio de la calma chicha —y mientras soplan vientos que permitan al barco zarpar del puerto—, un marinero narra a otros lo que ocurre en una colonia en África. Muy pronto, el lector descubre que “*El corazón de las tinieblas*” se torna en las tinieblas del corazón de quien escribe y de quienes lo leemos. Esas tinieblas del corazón de cada uno, nutren los conflictos y nos hacen ver la propia vida y la de los demás en claroscuro. La belleza de la obra de arte que hay en “*La guerra y la paz*” no desmiente el horror de las guerras europeas del período napoleónico.

Algo que insiste, se repite y no cesa, da al traste con la convivencia, es cosa sabida. Algo que empuja hacia la muerte y la destrucción no se deja desmentir. Ni en el nivel básico de la vida, ni en la naturaleza, ni en la organización social, escapamos a la vulnerabilidad, la fragilidad, el dolor y la muerte. Sin embargo, la vida en general y sobre todo la propia, la de cada uno, hay que respetarla, cuidarla, sostenerla y soportarla. En una palabra, debemos vivirla, no tenemos más oportunidades.

La construcción de la cultura y la organización social, la de la eticidad, valiosos logros humanos, van en esa dirección de cuidar la vida, sin conseguirlo del todo por lo frágiles que son. Investigar los fenómenos naturales, encontrar sus leyes y expresarlas mediante ecuaciones

matemáticas; transformar la tierra y mediante el trabajo producir bienes para satisfacer necesidades; cultivar el espíritu mediante la educación, la escritura, la lectura, la aritmética; son tres ejemplos del ingenio humano. Ciencia, tecnología, trabajo, producción y educación los condensan. Si los analizamos de manera crítica, esos logros humanos, culturales y sociales, tan importantes y necesarios, resultan insuficientes frente a tantas fuentes de vulnerabilidad. Los ejemplos muestran que la riqueza y diversidad de las formas de vida, la de los hombres y mujeres, y la de las organizaciones sociales y la cultura, se quedan cortas para protegernos. Vivos, sexuados, mortales, habitamos en una época de la historia, en una cultura y organización social. Algo más podemos advertir, y vamos a indicarlo.

Hombres y mujeres, determinados, igualmente, por el pensamiento y por el lenguaje. Abreviando, por el sistema simbólico en el que habitamos y nos marca y de qué forma. No es asunto evidente y ostensible. Imaginemos que hay una interrelación e interacción entre lenguaje, palabra y pensamiento que configuran un campo y lo posibilitan. El pensamiento no es la palabra ni tampoco lo es el lenguaje. Con esta imagen indicamos una relación, la de la palabra como un vehículo del pensamiento y no el más adecuado. La palabra tiene funciones múltiples y una propiedad que produce dificultades, la polisemia. Ni siquiera en la ficción literaria sobre la neolengua, final de “1984”, consigue Orwell eliminarla.

Tampoco el lenguaje científico —lenguaje artificial que anhela ser unívoco— lo consigue completamente. Nos pasa, con alguna frecuencia, que no encontramos la palabra justa para decir lo que pensamos, pues las palabras quedan cortas, y la recíproca, porque a veces dicen mucho más de lo que queremos decir, y no podemos evitar el malentendido al hablar, escribir, leer. Verificamos que no somos el amo de la palabra y el pensamiento, que las usamos de la mano del lenguaje, pues este último no es sin aquellas.

Hay una discordancia, entonces, entre hombres, mujeres, lenguaje, palabra y pensamiento. Cuando hablamos, pensamos, escribimos ¿qué tan seguros estamos? Al hablar, y es un ejemplo, ¿somos amo de la palabra y tenemos certeza sobre lo que decimos? Por tanto, y para cada uno, ¿qué significa hablar? Muy pronto evidenciamos que el sistema simbólico caracterizado por los juegos de oposición, el lenguaje, la palabra y el pensamiento, necesarios y útiles no nos protegen de nuestra vulnerabilidad,

desorientación y fragilidad que nos caracterizan. Hay entre ellos, relaciones complejas y sutiles que avistamos, no del todo comprendemos, y tampoco dominamos y controlamos. Configuran un campo abstracto e insuficiente. La palabra en el campo simbólico del lenguaje seduce y acaricia, ofende y mata, crea, evoca, rememora y anticipa. Nos representa como sujetos amarrados a significantes que nos representan y determinan.

No podemos pensarlo todo, ni decirlo, ni escribirlo. Nos aproximamos a la verdad, creemos en la palabra y por su insuficiencia se queda corta. La verdad medio aparece, no puede ser dicha del todo, tiene bastante de ácida mientras no esté reconocida y elaborada, y muy pronto se esfuma. La verdad insuficiente, revela y vela, engañosa. La palabra nos acerca a la verdad sin jamás agotarla pues no es absoluta ni redonda, y tampoco, es de una vez y para siempre. Nos ocurre parecido con el saber, porque no podemos saberlo todo ni decirlo. Apenas avanzamos. Hay un más allá de la verdad, y del saber real, que suponemos, que no podemos conocer, pensar, abarcar y enmudecemos. Verdad y saber no son equivalentes.

Ese campo simbólico que habitamos y nos determina no es protección suficiente contra el desamparo, la fragilidad, la desorientación y vulnerabilidad de cada uno, y cada quien lo asume y padece de forma particular y singular. Esa particularidad y singularidad es la marca que nos caracteriza y destaca en medio de hombres y mujeres que nos reconocemos vulnerables, con sufrimiento subjetivo y dolor anímico diverso y que cada uno debe asumir puesto que no se deja desmentir.

Un añoso proceso de renunciaciones y ensayos, y dejar atrás errores, condujo a Freud, desde la investigación básica en el laboratorio sobre anatomía y morfología, histología y fisiología del sistema nervioso, hasta la neurología clínica en estado naciente, y sus patologías orgánicas en hombres y en mujeres. Un poco después, la investigación lo llevó a la histeria, la neurosis y la fobia, palabras de la psiquiatría clásica alemana del final del siglo XIX y comienzo del XX. Un ejemplo apenas, la comparación de las parálisis motrices orgánicas e histéricas por recomendación de J.M. Charcot. De regreso a Viena, los primeros intentos de tratamiento de pacientes por medio de hidroterapia, electroterapia, curas de reposo, hipnosis. Fracasos y renunciaciones, y el trabajo constante, lo aproximan a su invento y su legado: el psicoanálisis como tratamiento por el habla, y a su descubrimiento de lo que llamó inconsciente. Sigmund Freud, el nombre propio que construyó.

Recapitulando, su trabajo temprano de investigación parte de la observación, descripción y delimitación de fenómenos, hasta el intento del tratamiento del síntoma psíquico y su explicación conceptual. Tratamiento, construcción de una teoría explicativa y una praxis.

La investigación y tratamiento del síntoma psíquico, por medio de la palabra en transferencia, muestran la vulnerabilidad, el sufrimiento subjetivo, el dolor anímico y su posible tratamiento. Una cura es un proceso que revela la existencia de una realidad psíquica distinta de la realidad material del mundo que nos rodea. Esta revelación de lo inconsciente ocurre poco a poco. Un paciente abatido por el sufrimiento anímico que no logra resolver por él mismo busca ayuda profesional. Una queja y una demanda son dichas desde la primera entrevista. “*Vengo donde usted porque sabe y puede ayudarme y orientarme*” es una de las tantas formas de decir la súplica.

La queja es la característica de cómo un paciente cualquiera comienza a contar su sufrimiento, dolor anímico, malestar. Ella le parece como algo ajeno, enigmático para quien la expresa: el desorden del mundo que le produce sufrimiento no está subjetivado. Un primer paso en su tratamiento consiste en que el paciente se dé cuenta de que ese desorden del mundo que denuncia y denuncia, lo implica. En él mismo, hombre, mujer, está la causa espiritual de su sufrimiento.

La queja queda transformada en síntoma subjetivo y es posible avanzar hacia una cura, por consiguiente, algo hace síntoma. La palabra hablada denuncia el síntoma, lo reconoce, lo pone en evidencia. Pero ¿qué?

Una primera hipótesis es que un trauma, hace síntoma. Por tanto, el síntoma y su malestar aparecen sin que el paciente sepa de qué se trata: es una incógnita que hay que despejar. Dolor anímico y sufrimiento subjetivo, enigmático, el trauma hace síntoma, se impone, apremia. “*Tú puedes saber de tu síntoma*” es la consigna que implica una inversión dialéctica. “*Vengo donde usted porque sabe y puede orientarme; tú puedes saber de tu síntoma y sufrimiento*”, la respuesta. ¿Cómo? Hablando hasta decirlo sin pensarlo, para que se produzca un efecto pequeño en la subjetividad.

La palabra hablada, el lenguaje y la lengua son el instrumento que posibilita un tratamiento psicoanalítico. La existencia de lo inconsciente es la consecuencia de la relación singular de cada quien con el lenguaje, la

palabra y la lengua en la transferencia. Inconsciente, palabra y lengua en acto. Inconsciente, palabra y lengua son el A, B, C del descubrimiento de Freud. ¿Qué hace trauma?

Una manera de responder Freud es el encuentro con la sexualidad propia y la del otro semejante como constante. Una delimitación precisa es necesaria: sexualidad, sexo y sexuación. En psicoanálisis lo inconsciente y la sexualidad están anudados. Los procesos psíquicos son inconscientes y la sexualidad es su característica. Para Freud la palabra que los condensa es procesos psicosexuales. Alude a acto, a práctica, la palabra sexo. Tener sexo, es un acto. La sexualidad es un proceso anímico que implica deseo y fantasía, fantasía de deseo, e incide en el sexo como acto.

Un hombre dice a una mujer: “*te deseo*”; la recíproca también ocurre. Te deseo es la invitación a tener sexo, actividad sexual. Fantasear con una mujer es una actividad anímica. Es claro que la actividad anímica, la fantasía de deseo nutre el sexo como acto de mil y una maneras. Sexuación afirma soy hombre, soy mujer y alude a cómo un ser humano que vive y habla, más allá de la anatomía y la genética, llega a serlo. Un recién nacido deviene hombre o mujer gracias a procesos anímicos complejos y no evidentes para la conciencia y el sentido común.

Si la sexualidad y el deseo sexual van de la mano —y nutren el sexo como acto—, el deseo sexual permite suponer que hay en juego una magnitud, una intensidad, un impulso, una fuerza que lo empuja hacia la satisfacción. *Libido*, palabra latina que dice deseo, y pulsión, son los conceptos que de a poco Freud fue construyendo para explicarlo. Abreviando: procesos inconscientes, sexualidad, deseo sexual, fantasía, pulsión, libido, trauma, síntoma dicho en palabra.

Un síntoma se pone en palabras, es un relato, una narración que un paciente va desplegando por medio de la palabra hablada en transferencia. Un síntoma es metáfora de un trauma, lo sustituye. Un síntoma condensa el sufrimiento subjetivo, el dolor anímico y, al mismo tiempo, la satisfacción de un deseo pulsional por un camino retorcido e indirecto. Un síntoma es complejo: implica fuerzas diversas que se entrecruzan. Un síntoma supone una intensidad anímica que la conciencia no domina. Un síntoma implica el deseo sexual y el empuje hacia la satisfacción que no se logra controlar, que se deja de lado para no pensar, para no saber. Ese no pensar, no saber,

desalojar, hacer a un lado, Freud lo llama represión. Se reprime aquello intenso que no se soporta, que no se domina, el deseo pulsional que hace trauma. Cuando la represión cede un poco, lo reprimido retorna como síntoma, hipótesis de Freud. El síntoma psíquico es el resultado de diversas fuerzas y una constante que aparece siempre: los procesos psicosexuales.

La sexualidad anudada al trauma es estructural, está en el fundamento, no es algo que a lo largo de la vida se adquiere tarde. Vida, sexualidad y muerte hacen nudo en cada ser humano que habla. Sexualidad implica búsqueda del placer, deseo y fantasía; reproducción sexual es un logro tardío en cada ser humano, hombre, mujer. La sexualidad como proceso anímico implica lo que no se controla, no se domina por completo, lo excesivo, el exceso, el más que se resume con la palabra goce. Goce implica uso, usufructo, desgaste. Hay goce adherido al síntoma, a la palabra y al sufrimiento subjetivo.

Si la sexualidad está en el fundamento de lo humano, es necesaria y atormenta a lo largo de la vida; si la reproducción sexual es un logro tardío, implica en un hombre y en una mujer madurez genésica, producción de espermatozoides y de un óvulo, es secundaria y contingente, puede ocurrir o no. El sexo, la actividad sexual, busca primero la satisfacción; la fecundación es algo que ocurre, no ocurre, o se evita. El síntoma-trauma ilustra nuestra vulnerabilidad anímica.

La palabra en una cura psicoanalítica produce la transferencia, se dirige a otro que puede oírlo, y que es un representante aparente y encarnado del Otro, saber de lo inconsciente, y con ella surge lo que Freud llamó neurosis de transferencia. Su aparición y su resolución son el tema que posibilita y, al mismo tiempo, dificulta el tratamiento. Un resumen puede ser, de la queja al síntoma, y, por la transferencia a resolver, la neurosis producto del tratamiento psicoanalítico. Su final pasa por la disolución de la transferencia. Se transfiere la palabra que pone en acto las determinaciones de un sujeto, sujeto de lo inconsciente, y un yosujeto advenido en una cura. “Allí donde ello era, donde se era, debo yo como sujeto llegar a ser, advenir”. Comentario de J. Lacan.

Trauma, pulsión sexual, síntoma, fantasía de deseo, sin un objeto predeterminado que la satisfaga. La pulsión es un concepto indispensable en la clínica psicoanalítica. Funciona como articulación entre lo anímico y

el cuerpo sexuado. Es constante, no podemos deshacernos de ella, termina cuando la vida de cada uno finaliza. Su magnitud, su intensidad, que hay que suponerle, no es cuantificable. Tiene una meta: la satisfacción del deseo. A todo lo que no sea satisfacción, Freud lo llamó destino de la pulsión, y sus caminos muy variados son.

El problema consiste en que no existe un objeto, uno y único y predeterminado, que la satisfaga. El objeto es lo más variable, la pulsión lo rodea, la satisfacción nunca es plena, siempre hay un déficit, una tensión entre lo que se busca y lo que se logra, que relanza el deseo y lo sostiene. Sólo la muerte de cada uno, hombre, mujer, hace que el deseo cese. Deseo es fuente de vida, la de cada uno.

El deseo pulsional, que implica el goce, sostiene la vida. La muerte, cero absoluto, cese de toda tensión, reposo total, es el último destino, el costo de la reproducción sexual. La especie tiende a permanecer y ampliarse y cada uno muere, vale recordarlo para vivir alertas.

En Freud la pulsión es una mezcla mítica entre “Eros”, que tiende al Uno y fracasa, y “Thanatos”, el hijo de Nix, la noche, y hermano gemelo de Hipnos, que nos llevará a la eterna noche y al sueño en el que nos perdemos sin poder decir cómo es. O al viaje último del que no hay retorno, eso nombrado como el más allá. De este real poco sabemos, no lo hemos vivido en forma directa, no podemos contarlo a otros, cuando nos pase ya no habrá palabra para decirlo. Quedarán, sí, las del nombre de cada uno, y los más allegados nos recordarán unos años, y, luego, el silencio y el olvido se impondrán. Un descubrimiento, una obra sólida, y es frecuente, no garantizan la inmortalidad. Grandes artistas y su obra se van quedando a un lado, se tornan en magníficos desconocidos. Gian Lorenzo Bernini, escultor de Nápoles, con una obra maravillosa en Roma, es un ejemplo. La beata Ludovica Albertoni lo ilustra. ¿Quién esculpió a Palas Atenea desatándose o atándose una sandalia? Los sabrán los eruditos conocedores de la estatuaria griega del período clásico.

Que el objeto deseado es lo más variable, lo muestra en modo ostensible lo que la psiquiatría clásica llamó perversión sexual. Fetichismo es el modelo en Freud, y los juegos de palabras frecuentes en la emergencia de pensamientos inconscientes, apuntan hacia el fetiche: una fantasía de deseo, la de la madre fálica, está en el fundamento. El fetiche, más que cosa,

es una palabra que dice un objeto del que una subjetividad está atrapada. Sí aceptamos esta conjetura, desembocamos en un problema crucial y sorprendente, ser hombre es diferente a ser mujer y esa diferencia que conduce a la identidad sexual, a ser sexuado, es una construcción anímica compleja que va más allá de los genes y cromosomas y de las diferencias anatómicas: castración es el concepto que nombra tal proceso psíquico, ese más allá de lo visible y aparente.

A nivel genético hay dos cromosomas básicos X, Y para recombinar el ADN por reproducción sexual. XX está en el óvulo y XY en el esperma. Si se mezclan, al final tenemos una cifra probable 50% XX, 50% XY. En una población humana normal hay una tendencia al equilibrio. En genética, XX se asocia a mujer y XY a hombre, y hay diferencias anatómicas claras en un cuerpo humano; el hermafroditismo es bastante infrecuente, hasta en la escultura y la pintura lo es.

Lo difícil es esto: ¿cómo, a nivel anímico, XX pasa de niña a mujer, y XY pasa de niño a hombre? La suposición en psicoanálisis Freud la llama castración y 100 años atrás resultó escandaloso y contrario a la mentalidad dominante. Castración es delimitar, construir un límite que permita separar, reconocer y asumir la diferencia entre los sexos, hombre, y mujer. Es dejar atrás una creencia, una fantasía de deseo: somos iguales, indiferenciados, para asumirnos distintos y diferentes. Diferentes, en falta, hombre y mujer, en relación ¿con qué? Con un objeto anímico llamado falo y con su goce.

A nivel anatómico hay un órgano que permite evacuar la orina y mucho después el semen. Ambas funciones son excitantes y placenteras. Hay un erotismo uretral, y uno auto erótico: la masturbación. Masturbación o placer de órgano, y placer o displacer entre cuerpos que copulan, años después.

A nivel anímico existe la fantasía que predica la existencia del “hacepipí” en todos los humanos, y, por extensión, hasta en la locomotora que debe tener uno bien grande puesto que se mueve. Un niño muy pequeño, Juanito, en las páginas de Freud, pregunta: *¿Mamá, tú también tienes hacepipí?* Para este niño, existir, ser, va de la mano, y es literal, del querido “hacepipí”.

Desde la prehistoria, existe el culto al falo asociado a la vida, a la fecundidad, a la exuberancia de la naturaleza, a la abundancia de la

cosecha, a la virilidad y al poder. En el neolítico aparece su representación imaginaria en la pintura y la escultura. La imagen del falo siempre es erecta. Un cazador muere al lado del animal que caza, bien armado con su falo erecto. En la escultura el falo también lo está siempre. De su representación como imagen avanzamos al sistema simbólico, a la palabra, al falo en el poema, por ejemplo, en Marco Valerio Marcial en el siglo de Augusto.

El falo, en el sistema simbólico, es significante de un objeto. En el sistema simbólico hay una propiedad muy característica, el juego de oposición, lo positivo, más, +, y lo negativo, menos, -. También el cero, 0, y el uno, 1, base del sistema binario computacional. En psicoanálisis, el falo es significante de un objeto deseado, de su presencia o ausencia, de la falta y la diferencia entre los sexos. Puede ser escrito como - ϕ , menos ϕ , falo imaginario, o como Φ , ϕ mayúscula como simbolización de la falta y la diferencia, hombre, mujer, real.

Castración, simbolización de la falta y diferencia. Castración, renuncia a un goce autoerótico y renuncia a un objeto que, a partir de ese momento, es un objeto prohibido, llamado Madre en la literatura psicoanalítica. Madre no es la mamá de carne y hueso. Madre es la narración, el discurso que poco a poco quien habla en transferencias va escribiendo y asumiendo. Regulación del deseo de la madre y el del niño. Instauración de una norma, de una ley reguladora del deseo sexual en lo anímico, y con efectos en la cultura y la organización social, llamada la prohibición del incesto. En lo anímico, la falta y la diferencia. Y con efectos culturales y sociales promoviendo el intercambio entre grupos humanos, entre familias, entre hombres y mujeres, llamado el matrimonio: un pacto, alianza, negociación, un contrato entre partes. Los grupos humanos permanecen y se amplían gracias a las familias que surgen y a las que mueren respetando los intercambios simbólicos, las costumbres y esa prohibición.

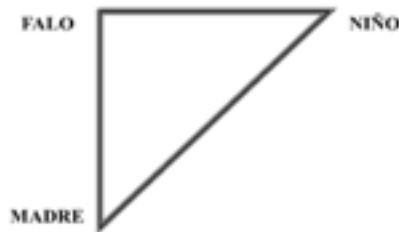
Castración, cambio en la creencia, de todos iguales, todos Uno, a reconocernos diferentes; hay hombres, hay mujeres, hay que asumir la virilidad, hay que asumir la feminidad. Castración, no tiene relación alguna con cuchillo para cercenar el órgano llamado pene. El castrati existió sobretudo en la ópera italiana del Barroco.

El padre y lo sagrado, la mujer y su deseo enigmático, fueron los límites en la teoría de Freud. Vio el ir más allá del padre, ya muy anciano y

cerca al final de su vida. La carta a Romain Rolland, de 1936, es una pieza literaria sin par en Freud. Sin resolverlo del todo, algo atisbó del deseo y la feminidad, enigma, continente oscuro, para el inventor del psicoanálisis.

Hombres y Mujeres parece que estamos más preparados para lo sensible, lo sensual, la percepción visual y auditiva que para el espíritu; y la palabra es espiritual, y la capacidad de abstraer, hecha palabra lo es, no hay duda. De lo sensible a la abstracción hay un paso necesario y difícil de dar. Las imágenes visuales ayudan a intuir los objetos matemáticos, las geometrías sirven de ejemplo.

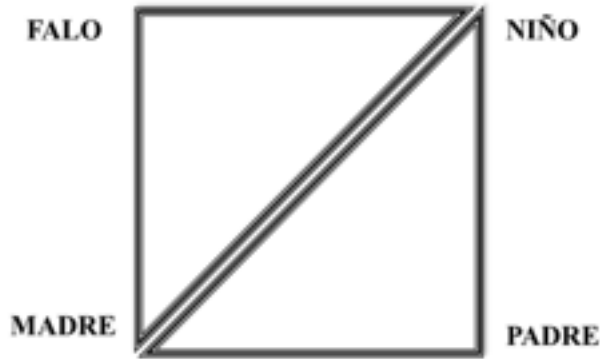
Jacques Marie Lacan, médico, psiquiatra, psicoanalista, sutil y agudo lector de Freud hasta 1981, propuso mediante imágenes de ingenio, un triángulo recto y su transformación en un cuadrángulo, para intuir algo de la castración. Voy a intentar escribirlo a mi manera evocando el seminario 4, “La relación de objeto”. Usó un triángulo rectángulo así:



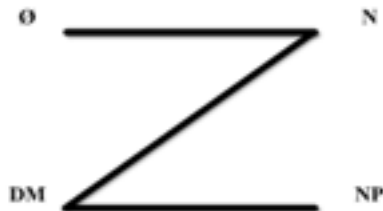
Imaginemos ahora esto: M desea F, un objeto psíquico que no tiene y que sustituye por N que brota de su cuerpo. N, a su vez, cree tener F, aun M lo tiene, y teme perderlo. Esta es la suposición inicial. Un cuarto elemento P, sería el agente de la castración y regula el deseo de M y el de N, y por medio de su función simbólica, es decir, apoyada en el campo del lenguaje y la palabra, los separa, y transmite la ley de prohibición del incesto. Lo podemos ilustrar por medio de una imagen que permite pasar del triángulo rectángulo imaginario, e inicial, al cuadrángulo simbólico nuevo.

Por tanto, figuremos ahora esto: añadan, los lectores, al inicial triángulo rectángulo un triángulo rectángulo nuevo y adosado por la hipotenusa, o diagonal, da el mismo resultado, y que cumpla esta condición necesaria: que P esté ocupando el ángulo recto del triángulo añadido. Hay

ahora una figura, o imagen con las siguientes propiedades: P está frente a F, separando a M y a N de F.



Lo escribo de otra manera. P, dador del falo, F, con su palabra, separa a M y a N de un deseo: M, no pondrás a tu hijo N, en el imaginario lugar de lo que te falta y deseas, F; y a ti, N, no podrás ocupar ese lugar imaginario F, para completar a M, y quedar atrapado en su deseo. Ambos, entonces, serían cada vez más vulnerables, y el costo anímico impagable para cada uno de ustedes, al creerse el Uno perfecto. ¡Advertidos lo están! Esa función Padre, y Nombre del Padre, es metáfora y, por ende, simbólica, pues viene a sustituir y regular el deseo de M y el de N. No son más que palabras para dar una versión, una entonces, de la enigmática castración. Si se mira con atención las figuras unidas por la diagonal formando el cuadrángulo, podemos imaginar una Z, así:



Un lado en cuyo extremo está F, Fí mayúscula y en su otro extremo N; la diagonal que va desde N hasta DM. Y, por último, M y N separados de F por P, NP. El cuadrángulo simbólico que incluye e implica al Padre y su función significante Nombre del Padre que sustituye como metáfora al Deseo de la Madre.

O, podríamos decirlo así: en la teoría de la clínica que llamamos psicoanálisis, castración es una operación simbólica, de lenguaje como campo y palabra como función, sobre un objeto de deseo, objeto anímico, llamado falo imaginario, para separarlo de un órgano real de un cuerpo, el “hacepipi” o pene. Equivale, aun, incluso, inclusive a esto: pasar de – fi, escrito en minúscula, a Fí, escrito en F mayúscula. Avance desde menos fi, letra griega, falo imaginario a Fí mayúscula, Falo simbólico como simbolización y reconocimiento de la diferencia entre los sexos y la falta. Ingeniosa imagen, imagen ingeniosa, y aguda y sorprendente al inicio.

P, agente de la castración, permite pasar del objeto imaginario $-\phi$, a la simbolización de la diferencia Φ , sustituyendo el Deseo de la Madre por la función simbólica Nombre del Padre, y permite al hijo, N, liberar su deseo enajenado, reconocer la diferencia de los sexos, y asumir su lugar como hombre entre seres vivos que hablan y van a morir, y llegar a ser, y es apenas una posibilidad entre otras, padre a su vez y transmitir su legado a su prole: nombre de pila y apellido.

Esta construcción teórica debe ser lógica, coherente y consistente. Hay mil y una maneras de asumirla, cada quien decide. Esto tiene relación con la vulnerabilidad y fragilidad espiritual. Trauma, encuentro con la sexualidad y la muerte, eso hace síntoma, fijación, perpetuación del trauma, o castración. ¿Quién, invulnerable, completo, inmortal?

Dos anotaciones más, para finalizar este capítulo al que me invitaron por generosidad hidalga, que aprecio y agradezco.

Padre, agente de la castración. Padre, el relato que poco a poco un analizante va construyendo con su palabra en transferencia, y muy diferente del papá. Padre puede ser cualquiera, es así y no hay nada despectivo. Genitor no equivale a padre. El genitor aporta por lo menos un espermatozoide exitoso, labor no difícil la mayoría de veces. Ya dijimos, el coito no siempre busca la fecundación. Padre, es una función que cualquiera puede hacer, más allá de hombre, mujer, filiación.

El avunculado es un ejemplo. ¿En qué consiste el avunculado? Es una relación que separa al genitor del padre. Otra vez la prehistoria humana lo ilustra. Un ejercicio podemos proponer. Un hombre y una mujer son hermanos en una comunidad. Cada uno busca pareja por fuera de su grupo y tiene hijos. A estos hijos del hombre y la mujer, hermanos y de distinto sexo, se los llama, en los estudios sobre el parentesco y las familias, primos cruzados. Lo importante es que el hermano de la madre, el tío materno, cumple con la función de padre para sus sobrinos mientras el genitor se hace a un lado. Este genitor, a su vez, tendrá sobrinos y hará las veces de padre para ellos en otra relación parental.

El modelo teórico tiende al equilibrio. La relación entre el hermano de la madre o tío materno con sus sobrinos se llama relación avuncular, y a la institución social y cultural, el avunculado. Esta institución cumple con la prohibición del incesto y promueve la alianza entre primos cruzados, grupo más pequeño que el de los primos paralelos. Los primos paralelos, son más abundantes que los cruzados y no pueden ser aliados. Queda claro que el tío materno ejerce como padre simbólico de sus sobrinos. Lo importante es que alguien sea el agente de la función, la persona, este, aquél, independiente de su sexo, transmite mitos, costumbres, normas que ayudan a la conservación del pequeño clan. Se puede verificar que cuando una comunidad es pequeña por el número de sus miembros, más rígida y severa se vuelve la prohibición fundamental. Si un grupo no entra en contacto con otros grupos y hace pactos, comercio, intercambios simbólicos, pronto se extingue.

Si hay hombre y mujer, hermanos, en el lugar cero, al encontrar aliados, y cada uno de ellos tener sus hijos, todos ellos serán primos cruzados. En contraste, si en el punto de partida hay dos mujeres hermanas, o dos hombres hermanos, sus hijos serán primos paralelos, no elegibles como aliados, y mucho más numerosos que los primos cruzados. Los cruzados son el 33% y los paralelos el 66%, aproximando.

Si padre es una función reguladora que cualquiera puede agenciar, lo importante es que alguien, al menos uno, la ejerza. No es el mismo el “telegrafista de Aracataca” que la palabra del abuelo Nicolás que marca a su nieto e incidirá en su oficio: Escritor. Recabemos: procesos anímicos, regulación del deseo pulsional, ley que prohíbe, su efecto llamado matrimonio, alianza, promoción de los intercambios simbólicos, lenguaje

que conforma el pacto social, instituciones culturales que nos protegen un poco y nos hacen menos vulnerables. Lo anímico y lo social y cultural hacen serie con el lenguaje y la palabra, nos protegen de la muerte, de nuestra vulnerabilidad, aunque sean insuficientes. Y muy frágiles. “Un mundo feliz” es una ficción literaria en Aldous Huxley.

Un psicoanálisis como experiencia subjetiva es vivificante y nos reconcilia con nuestra vida, y hace menos ásperas las difíciles relaciones con los demás y con el mundo que nos rodea. Permite al sujeto que adviene yosujeto hacer reelaboraciones y rectificaciones subjetivas. Hablar su historia como libro escrito con su historia subjetiva. Asumir “yo soy eso” y con eso que soy, hombre, mujer, vivir de la mejor manera esta vida. Saber hacer con eso que reconozco, acepto y asumo. Un psicoanálisis no nos libra de los problemas y dificultades de cada vida ni nos hace hombre o mujer superior y perfecto. Bastante es que nos ayuda a asumir nuestra vulnerabilidad, sufrimiento subjetivo y dolor anímico. Déjenle a Dios la perfección y díganle adiós a la perfección.

2 de julio de 2018